



Colombia, América del Sur y el nuevo panorama político electoral

Carolina Cepeda

Introducción

La integración latinoamericana ha sido un tema constante en la agenda de la región desde el comienzo mismo de su vida republicana. En 1826 se convocó el Congreso Anfictiónico de Panamá, con el llamado a la unidad de Simón Bolívar, dando inicio a una serie de congresos hispanoamericanos que tuvieron lugar a lo largo del siglo XIX y en los que se expresó siempre la tensión entre unidad latinoamericana y soberanía nacional. Esta tensión, lejos de desaparecer, ha acompañado los procesos de integración de la región durante todo el siglo XX y lo que va del XXI, expresándose siempre en decisiones que conducen a que estos procesos queden sin consolidación. Adicionalmente, algunos Estados han mostrado una vocación más integracionista que otros, bien sea como un rasgo constante o que varía dependiendo de las decisiones del gobierno de turno o del contexto de la región.

Así las cosas, este artículo ofrece un panorama de Colombia en los procesos de integración en el contexto actual de retorno de partidos de derecha al poder en varios países de la región, teniendo en cuenta los primeros meses de gobierno del Presidente Iván Duque (Centro Democrático, 2018-actual). Para ello, el artículo inicia con una descripción general de Colombia en América Latina con el fin de ilustrar la relevancia que la región ha tenido en la política exterior del país; en segundo lugar, se presenta un panorama de los procesos de integración de la región en el siglo XXI; en tercer lugar, se ilustra el cambio de gobierno en el país dentro de un marco de cambios regionales; en cuarto lugar, se presentan algunas conclusiones preliminares sobre el rumbo que podrían tomar los procesos de integración en el panorama actual.

Colombia y América Latina

Colombia ha tenido una política exterior volcada hacia Estados Unidos desde que Marco Fidel Suárez, siendo canciller del gobierno de José Vicente Concha (Conservador, 1914-1918), postulara su famosa doctrina de *respice polum*: mirar siempre hacia el norte o, en otras palabras, mantener una relación amistosa con Estados Unidos; especialmente después de la independencia de Panamá, proceso en el que la asimetría entre Colombia y Estados Unidos quedaba en evidencia (Drekonja, 2011). Con la adopción de esta doctrina quedaron implícitos el reconocimiento y la interiorización de tal asimetría, con lo que Colombia asumió un rol pasivo no sólo frente a Estados Unidos, sino en el resto del escenario internacional. Varios autores (ver: Pardo & Tokatlian, 2010; Randall, 2011; Tickner, 2002) han argumentado que tal adopción obedeció más a la decisión pragmática de buscar beneficios económicos, pero manteniendo siempre un perfil bajo y poco arriesgado en la esfera internacional. Sin embargo, autores como Gerhard Drekonja (2011) argumentan que Colombia nunca se ha beneficiado totalmente de esa política debido a que, por un lado, Estados Unidos ha dado por sentado el apoyo del país y no se ha visto obligado a ofrecer grandes incentivos para mantener su lealtad; y por el otro, la adopción de un perfil tan bajo ha reñido con la búsqueda de maximización de beneficios para Colombia en el ámbito internacional. En ese sentido, resulta comprensible que el país no ocupara un lugar privilegiado en las preocupaciones de Estados Unidos en América Latina sino hasta la década de los 80, cuando el narcotráfico se convirtió en un problema

para su seguridad nacional y los carteles colombianos se involucraron cada vez más en el negocio transnacional de las drogas.

Pese a ello, Colombia ha tenido acercamientos importantes a los demás países de América Latina, incluso, en algunos momentos de la historia, ha tomado cierta distancia de Estados Unidos y sus intereses en procesos como la integración inspirada en el modelo cepalino y las iniciativas de Alfonso López Michelsen, siendo Canciller de Carlos Lleras Restrepo (Liberal, 1966-1970) entre 1968 y 1970, de impulsar un papel más fuerte para Colombia en el G77 y la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) (Drekonja, 2011). Este perfil más latinoamericanista se mantuvo durante el gobierno de Belisario Betancur con el ingreso formal de Colombia al Movimiento de los No-Alineados en 1983 y el liderazgo del país en las negociaciones del Grupo de Contadora. Así, estas iniciativas han representado otra tendencia de la política exterior, denominada como el *réspice similia* que hace referencia a “mirar a los semejantes”, término acuñado por Alfonso López Michelsen, cuando era canciller. Durante este periodo Colombia buscó mayores niveles de autonomía y logró diversificar un poco más su política exterior, mostrándose más volcada hacia América Latina y algo distante de Estados Unidos. Sin embargo, esta tendencia se abandonó a comienzos de la década de los años 80 debido al espacio que empezó a ocupar la política antidrogas (Pardo, 1997).

La centralidad de las drogas en la política exterior colombiana ha estado acompañada también por la del conflicto armado. No sólo ha mediado en la relación con Estados Unidos, sino también con los vecinos que empezaron a verse afectados por este último a partir de la década de los 80 con la presencia de grupos armados en las zonas fronterizas (Ramírez, 2004). Sin embargo, no fue sino hasta la administración de Ernesto Samper (Liberal, 1994-1998), en el marco de varias rupturas con Estados Unidos debido a los vínculos de su campaña presidencial con el cartel de Cali, que el conflicto no extendió realmente a las fronteras colombianas. Debido a las presiones recibidas desde Estados Unidos en materia antidrogas, su administración se concentró en cumplir con las exigencias estadounidenses sobre esta problemática, a tal punto que se descuidaron otros aspectos domésticos importantes, con lo que se contribuyó de manera indirecta al fortalecimiento militar de la entonces guerrilla de las FARC (Pardo, 1997; Pardo & Tokatlian, 2010).

De esa forma, cuando Andrés Pastrana (Conservador, 1998-2002) llegó al poder en 1998, encontró un país con un infame reconocimiento internacional debido a la producción de cocaína y al conflicto armado interno. Durante esta administración se dio inicio a lo que varios autores han denominado como la “internacionalización del conflicto armado” (ver: Borda, 2006; Pardo & Tokatlian, 2010; Rojas, 2006; Tickner, 2006) debido a que actores internacionales, como Estados Unidos, la Unión Europea y la Organización de las Naciones Unidas, entre otros, participaron en la legitimación de estrategias que buscaban la finalización del conflicto armado y al enmarcamiento que se hizo de éste dentro de fenómenos de alcance más global, como la lucha contra el terrorismo durante la administración de Álvaro Uribe (Movimiento Primero Colombia, 2002-2010).

Durante las dos administraciones de Uribe hubo una clara tendencia hacia la “securitización” de la política exterior (Pardo & Tokatlian, 2010; Rojas, 2006; Tickner, 2006), que incluía una búsqueda de legitimación de la solución militar al conflicto que su gobierno proponía. Juan Manuel Santos (Partido de la U, 2010-2018), por su parte, se mantuvo en la línea de sus predecesores en lo que respecta a la internacionalización del conflicto armado, pero la estrategia que su gobierno tuvo ante el conflicto armado fue la de negociación. El gobierno colombiano y las FARC involucraron a otros Estados, desde el comienzo, como garantes (Cuba y Noruega) y acompañantes (Venezuela y Chile) del proceso de paz, y también recibieron el respaldo de otros países como Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Panamá, Uruguay, Canadá, Estados Unidos, Alemania, España, Francia, Irlanda del Norte, Portugal, Reino Unido y la Autoridad Nacional Palestina. De igual forma, organizaciones internacionales como la Organización de Estados Americanos-OEA, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños- CELAC, la Unión de Naciones Suramericanas-UNASUR, la Organización de las Naciones Unidas-ONU y la Unión Europea respaldaron el acuerdo de paz durante todo el proceso. Estos actores, sin embargo, tuvieron una participación más limitada en este proceso que la que tuvieron los actores internacionales que participaron en el fallido proceso de paz durante la administración Pastrana.

Cuba y Noruega fueron fundamentales en aspectos de acompañamiento y logística, al tiempo que Venezuela y Chile ofrecieron garantías para

ambas partes, facilitando los primeros encuentros. De igual forma, el respaldo explícito de Estados Unidos también resultó central para el proceso de paz, aunque teniendo una presencia menos protagónica que durante la iniciativa del gobierno Pastrana; esto, pese a que hubo un enviado especial, Bernard Aronson, quien llegó a La Habana en 2015 para colaborar con la mesa de negociación, aunque no para sentarse en ella, mostrando un gran espaldarazo al proceso (Cepeda Másmela, 2016). En este contexto del proceso de paz, Colombia mantuvo un acercamiento claro a la región y contó con el respaldo de los países de la misma, que hasta antes de 2015 contaban con gobiernos más alineados a la izquierda que a la derecha.

La integración regional del siglo XXI vista desde Colombia

La integración latinoamericana del siglo XXI, por su parte, tiene profundas raíces en los procesos que se adelantaron desde el siglo XX, no sólo porque han usado como cimientos algunos de los esquemas institucionales y normativos que se organizaron en este siglo, sino porque intenta superar algunos de los problemas estructurales que se presentaron en ellos. Los procesos de inspiración cepalina se originaron entre las décadas de 1950 y 1960, con la idea de formar un mercado común que permitiera, en el largo plazo, la especialización y la complementariedad de las economías regionales (Prebisch, 1983). Estos procesos tuvieron distintos obstáculos, identificados por el mismo Prebisch desde el comienzo, tales como las presiones de los intereses individuales, la inercia administrativa y los prejuicios de expertos y funcionarios; pero también jugó en su contra la falta de conocimiento sobre los países mismos y sus posibilidades reales de integración (Wionczek, 1970). De este marco surgieron iniciativas como el Mercado Común Centroamericano, la Comunidad Andina (originalmente Grupo Andino) y la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio.

Estos procesos se reactivaron, pero con otro rumbo, desde el regionalismo abierto que emergió en la década de 1980, en un marco de doble transición para América Latina: hacia la democracia y hacia el neoliberalismo. En esa transición, los Estados de la región buscaron consolidar una comunidad de legitimidades democráticas y relaciones

pacíficas donde fuese posible intensificar los procesos de integración regional y de mecanismos de cooperación para promover el desarrollo social (Botana, 1991). Dentro de este proceso doble, se creó, como gran ejemplo y modelo a seguir, el MERCOSUR; aunque también surgieron iniciativas menos institucionalizadas como el Grupo de los Tres.

El desarrollo siguió siendo un objetivo coherente con el que había planteado el marco cepalino. Sin embargo, este nuevo regionalismo se diferenciaba del anterior debido al marco de globalización neoliberal en el que se presentó. De igual forma, los países de la región pretendían mejorar su inserción internacional aumentando su influencia en los organismos multilaterales (Sanahuja, 2007). En términos generales, Bouzas et al. (2007) definen este proceso como una política comercial con una mayor cobertura temática y regulatoria, orientada hacia la liberalización y enfocada en la suscripción de acuerdos preferenciales recíprocos entre países con grandes disparidades y asimetrías.

El balance que arrojan estos procesos, sin embargo, es negativo en tanto no se logró profundizar la integración y su realidad muestra que esta sigue teniendo grandes obstáculos en las dinámicas políticas regionales, los intereses particulares de ciertos sectores, los acuerdos bilaterales con terceros, la falta de liderazgo permanente, la precariedad institucional y la dispersión temática (Bouzas et al., 2007; Sanahuja, 2007). La integración económica ha sido obstaculizada por las mismas dinámicas nacionales y por las resistencias sectoriales que afirman verse perjudicadas por los procesos regionales. Adicionalmente, los acuerdos bilaterales con terceros y las dinámicas internas de las negociaciones de la OMC han complejizado los procesos integracionistas, en la medida en que algunos Estados miembros de los mismos procesos pueden tener intereses encontrados frente a ellos. También se dio un desarrollo institucional precario que impedía una mayor coordinación de políticas y la adopción de normas comunes.

Así, el regionalismo abierto se estancó al no superar la fase comercial; sin embargo, los procesos políticos internos y los cambios de gobierno en varios Estados de la región hacia finales de la década de 1990 y comienzos de los años 2000, abrieron la posibilidad de replantear los viejos esquemas de integración y de redirigir el énfasis hacia la dimensión política de los mismos. El llamado giro a la izquierda en la región coincidió con el fortalecimiento de lo que Andrés Serbin (2010) denominó

como regionalismo posliberal, incluyendo iniciativas como la Unión de Naciones Suramericanas-UNASUR y la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-ALBA, en las cuales se privilegiaron los espacios de concertación regional y los intercambios por fuera de las lógicas estrictamente neoliberales de las iniciativas de los 90.

En paralelo, y como reacción a procesos regionales más críticos frente al neoliberalismo y el libre comercio, se creó la Alianza del Pacífico, un mecanismo de integración comercial y económica liderado por México, Colombia, Perú y Chile, que enfatiza y reivindica valores liberales capitalistas (Pastrana, 2015). De hecho, su objetivo de mejorar la inserción económica internacional de los Estados miembros sigue coincidiendo con lo planteado en el marco del regionalismo abierto, pero se separa de este al buscar diseños institucionales menos complejos y más pragmáticos.

Estos proyectos y procesos de integración tienen lugar en un contexto de cambios políticos en la región, caracterizado por el arribo de varios gobiernos de izquierda al poder, especialmente en América del Sur. Varios académicos no dudaron en definir este cambio como una “marea rosa” (Beasley-Murray, Cameron, & Hershberg, 2009; Cameron, 2009) y celebrarlo. Ubicaron dentro de esta nueva ola a los gobiernos de Hugo Chávez en Venezuela (1999-2013), Lula da Silva en Brasil (2003-2011), Evo Morales en Bolivia (2006-actual), Néstor Kirchner en Argentina (2003-2007), Tabaré Vázquez en Uruguay (2005-2010; 2015- actual), Michelle Bachelet en Chile (2006-2010; 2014-2018), Fernando Lugo en Paraguay (2008-2012) y Rafael Correa en Ecuador (2007-2017), por mencionar solo algunos de ellos.

Esta marea, sin embargo, se estancó hacia 2013 y desde 2015 han habido varios cambios en el panorama de la región, hecho que ha abierto la discusión sobre si se asiste a un nuevo giro a la derecha, entendiendo que varios partidos de esta orientación llegaron al poder bien sea por vía electoral, como Mauricio Macri en Argentina (Murillo, Rubio, & Mangonnet, 2016), o a través de arreglos institucionales legales, pero de dudosa legitimidad, como Michel Temer en Brasil (Gentili, 2016). Este nuevo mapa político y electoral de la región abre preguntas sobre distintos temas, entre ellos el futuro de la integración regional.

En el marco del giro a la izquierda hubo un relativo optimismo en torno a los procesos de integración debido al liderazgo asumido por Estados como Brasil y a los constantes llamados a la unidad regional. Esto se materializó con especial énfasis en el marco de la negociación del Área de Libre Comercio de las Américas-ALCA, cuando la propuesta estadounidense fue rechazada por la mayoría de los Estados de la región, y bajo el liderazgo brasileño se hizo una propuesta de un acuerdo alternativo conocida como el ALCA *light* (Smith & Korzeniewicz, 2006). En los últimos años, la situación de la región ha cambiado y los procesos de integración que se venían dando empiezan a verse obstaculizados por las dinámicas nacionales, por los cambios de gobierno y por las visiones sobre la integración que estos puedan tener.

A primera vista, se podría decir que la integración latinoamericana entrará en una nueva fase de declive, donde proyectos como UNASUR, el ALBA o la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños-CELAC, se debilitarán. Sin embargo, este artículo sostiene que los cambios de gobierno propiciarán nuevos marcos de referencia para procesos más cercanos al modelo de la Alianza del Pacífico en el terreno de lo económico y aglutinados alrededor de asuntos políticos más cercanos a las agendas de los nuevos gobiernos. En ese marco, Colombia empieza a acercarse a sus vecinos en un entorno regional más afín en términos ideológicos al partido de gobierno, Centro Democrático, y a su Presidente, Iván Duque, abiertamente de derecha.

América Latina desde Colombia

Si bien Colombia ha tenido una participación intermitente en las iniciativas regionales en América Latina, esto no significa que la región no haya sido importante en el marco de procesos concretos y en momentos en los que el país ha decidido asumir un rol más protagonista en la región. Hasta diciembre de 2018, Colombia participa en distintos mecanismos de concertación e integración regional, bien sea como miembro pleno o en calidad de asociado u observador; estos mecanismos, no son homogéneos y responden a temas distintos, como se puede observar en la siguiente tabla:

Tabla 1.
Mecanismos de Integración y
Concertación Regional a los que pertenece Colombia

Mecanismo	Membresía	Relevancia para Colombia
Alianza del Pacífico	Miembro pleno	Libre comercio y libre movilidad de personas
Unión de Naciones Suramericanas*	Miembro pleno	Diálogo y concertación política
Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños	Miembro pleno	Diálogo y concertación política; foros extrarregionales
Conferencia Iberoamericana	Miembro pleno	Cooperación
Comunidad Andina	Miembro pleno	Desarrollo social y económico; integración
Proyecto Mesoamericano	Miembro pleno	Cooperación técnica
Asociación de Estados del Caribe	Miembro pleno	Integración con el Caribe
Asociación Latinoamericana de Libre Comercio	Miembro pleno	Libre comercio
Mercosur	Estado asociado	Estrechar vínculos con la región; libre movilidad de personas
Sistema de Integración Centroamericana	Observador regional	Cooperación en seguridad y pequeñas y medianas empresas
Comunidad del Caribe	Estado observador	Acercamiento al Caribe
Organización del Tratado de Cooperación Amazónica	Miembro pleno	Aprendizajes e intercambios de conocimiento sobre temas relevantes para la Cuenca Amazónica
Organización Latinoamericana de Energía	Miembro pleno	Integración energética y desarrollo sostenible

Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe	Miembro pleno	Integración económica; concertación de posiciones latinoamericanas frente a terceros
--	---------------	--

Fuente: Elaboración propia con base en información oficial de la Cancillería Colombiana, disponible en: <https://www.cancilleria.gov.co/international/consensus/caricom>; consultado el 16 de enero de 2019.

Colombia pertenece a una gran variedad de mecanismos de integración latinoamericana donde se puede observar que temas generales como la integración, el libre comercio y el diálogo político son centrales, aunque temas más específicos como la infraestructura, los recursos naturales y la energía también resultan relevantes. Así, los mecanismos a los que Colombia se ha vinculado muestran también la diversidad de iniciativas de integración que ha habido en la región y la dispersión de los procesos mismos.

Por otro lado, esta adhesión a distintos mecanismos no refleja necesariamente algún tipo de liderazgo o una participación activa por parte de Colombia en ellos. Este hecho es interesante si se tiene en cuenta que para el grueso de la opinión pública nacional, Colombia debería integrarse con los países de la región, pero sin asumir un rol de liderazgo. Según los datos de la encuesta sobre política internacional y política exterior, Colombia y el Mundo (Tickner, Cepeda, Rouvinski, & Milanese, 2016), el 47% de los colombianos cree que la región debería ser la prioridad de la política exterior colombiana, pero a la hora de indagar por el rol que debe tener el país en ella, el 56% cree Colombia debería limitarse a participar con otros países latinoamericanos en asuntos regionales sin pretender ser líder y solo el 29% cree que debería buscar algún tipo de liderazgo.

La integración goza de favorabilidad entre los colombianos, pero esta disminuye cuando se plantean escenarios hipotéticos de profundización de los procesos. La libre circulación de inversiones, bienes y servicios se recibe con entusiasmo, al igual que el desarrollo de infraestructura que conecte los países de la región; no ocurre lo mismo con la

libre movilidad de personas o con el establecimiento de un parlamento latinoamericano (Tickner et al., 2016). El liderazgo, por su parte, genera más confianza cuando proviene de países como Brasil, Chile y México, mientras que genera menos cuando viene de Venezuela o Cuba. Esto, por supuesto, tiene que ver con el rol que Brasil asumió en la región hasta hace algunos años o el volumen creciente de las inversiones chilenas en Colombia (Tickner et al., 2016).

Ahora bien, si observa la orientación de política exterior del actual gobierno, es posible identificar algunas líneas de coherencia con las percepciones que tiene la opinión pública. Dentro de las acciones políticas y diplomáticas que propone seguir la Cancillería de Carlos Holmes Trujillo, es posible destacar la defensa y el fortalecimiento del sistema interamericano, la participación activa en los escenarios multilaterales, el retiro de UNASUR, el fortalecimiento de la Alianza del Pacífico, liderar el Grupo de Lima y buscar una salida a la crisis de Venezuela (Cancillería de Colombia, 2018).

Así, Colombia se aproxima a la región de una forma distinta a la que se pudo observar durante las administraciones Uribe. En agosto de 2018 Colombia anunció su retiro de UNASUR, argumentando que la organización servía a los intereses de Venezuela y que, además, había sido creada con el fin de minar el sistema interamericano. A primera vista, esta decisión se podría interpretar como una salida del espacio suramericano y como un distanciamiento de la política exterior del gobierno anterior, durante el cual hubo un acercamiento a la región en el marco del proceso de paz con las FARC.

Pese a ello, esta decisión no significa ninguna de las dos cosas. Por un lado, el gobierno Santos ya había suspendido la participación de Colombia en UNASUR, junto con Argentina, Brasil, Chile, Perú y Paraguay, desde abril de 2018, dejando el mecanismo en un estado de estancamiento tendiente al deterioro; con lo que el gobierno Duque mantiene una cierta coherencia respecto al gobierno anterior en lo relacionado con este mecanismo. Por otro lado, la salida de Colombia de UNASUR ha estado acompañada por la propuesta para crear el Foro para el Progreso de América del Sur-PROSUR. Esta iniciativa, está liderada por Colombia y Chile, y tiene como objetivo central la defensa de la democracia, de la separación de poderes y de la economía de mercado. Según declaraciones del Presidente colombiano,

Iván Duque (Centro Democrático, 2018- actual), y de su Canciller, Carlos Holmes Trujillo, PROSUR será un espacio de coordinación, cooperación e integración.¹

Según varias notas de prensa,² PROSUR es un espacio de diálogo y colaboración en el que se busca priorizar estrategias de integración alrededor de temas como infraestructura, energía, salud, seguridad y manejo de desastres naturales. Esta nueva iniciativa se formalizó mediante la Declaración de Santiago, firmada el 22 de marzo de 2019 por Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Guyana, Paraguay y Perú. Bolivia, Uruguay y Surinam participaron como observadores. En las declaraciones, los Estados miembros son enfáticos en la necesidad de superar discusiones ideológicas en aras del pragmatismo, al tiempo que excluye al gobierno de Nicolás Maduro e invita a los representantes de Juan Guaidó, quien ha pretendido hacer las veces de Presidente interino de Venezuela. Este hecho, sumado al proceso que ha tenido y al perfil de los gobiernos de los Estados miembros permite afirmar que la iniciativa está mucho más alineada con los intereses de la derecha latinoamericana.

En ese marco, Colombia, además, ha asumido un rol activo en diferentes organismos multilaterales en la búsqueda de una solución a la crisis política interna de Venezuela. Tanto en la OEA como en la ONU, el país ha promovido un debate sobre la migración y las instituciones venezolanas, invitando a una búsqueda conjunta de soluciones. En ello, los cambios de gobierno en la región han contribuido a que Colombia pueda tener este rol, en tanto proporcionan un ambiente más favorable en términos ideológicos. Mauricio Macri (Argentina, 2015- actual), Sebastián Piñera (Chile, 2018- actual), Mario Abdo Benítez (Paraguay, 2018- actual), Jair Bolsonaro (Brasil 2019- actual) y Martín Vizcarra (Perú, 2018- actual), todos representantes de partidos de derecha y centro derecha de sus países, respaldan las iniciativas colombianas en materia de intervención en los asuntos internos venezolanos, potencializan iniciativas de integración antagónicas a mecanismos progresistas como UNASUR y privilegian los mecanismos de la OEA sobre otros regionales como la CELAC, por lo que es posible observar en su comportamiento que la integración regional no necesariamente tiene que reñir con la cercanía a Estados Unidos.

En ese sentido, es posible afirmar que Colombia se perfila en los próximos años como un jugador activo en Suramérica, pero no en todos los ámbitos, como lo dejan ver las declaraciones y acciones, especialmente del presidente y el canciller. Por otro lado, la integración suramericana no se estanca, contrario a los pronósticos que arrojaban los primeros análisis sobre la desmembración de la UNASUR, sino que se transforma de acuerdo con el nuevo mapa político e ideológico de la región. Se entra así en una nueva fase de integración regional, mucho más alineada a la derecha del espectro político, en la que temas como la situación política interna venezolana y sus posibilidades de transición política se vuelven centrales.

Conclusiones

La historia del siglo XX y la primera década del XXI ha mostrado que Colombia tiene una marcada tendencia al alineamiento con Estados Unidos y solamente participaciones esporádicas en experiencias de integración o protagonismo regional. Además, estas tendencias de política exterior parecían ser mutuamente excluyentes; es decir, si había alineamiento con Estados Unidos había aislamiento con el resto de la región y viceversa. Pese a ello, Colombia ha venido mostrando desde 2010 que es posible jugar en la región sin distanciarse de Estados Unidos. La política exterior de Juan Manuel Santos estuvo orientada en ese sentido, determinada en buena medida por las negociaciones de paz con la entonces guerrilla de las FARC, mostrando que era posible tener un acercamiento a los países de la región sin que ello representara un desprendimiento de Estados Unidos o la construcción de una relación antagónica frente a este.

El gobierno de Iván Duque, por su parte, parece mantenerse en la misma línea, aunque teniendo en cuenta una diferencia importante: los intereses de Estados Unidos parecen coincidir con los de algunos Estados de Suramérica en lo que respecta al diagnóstico sobre la situación interna de Venezuela y en la viabilidad de soluciones de corte más intervencionista. En este contexto, el consenso regional se desplaza de los procesos latinoamericanistas hacia procesos de corte más panamericano o, por lo menos, menos contestatarios con Estados Unidos.

Finalmente, en este contexto de pocas certezas, es válido hacerse preguntas sobre el rumbo de los procesos de integración y la democratización de los Estados latinoamericanos. Si bien los procesos de regionalismo abierto intentaron fomentar la democracia, no es muy claro qué tipo de democracia es la que algunos Estados suramericanos buscarían fomentar a partir de procesos como PROSUR, teniendo en cuenta el peso que pueden tener en él Brasil y Paraguay, y sus antecedentes de rupturas presidenciales (Gomis Balestreri, 2017) y golpes a la democracia (Gentili, 2016). Así las cosas, los retos que aparecen en el contexto latinoamericano actual no solamente se refieren a la participación en iniciativas de integración regional, sino al futuro de los procesos que se enmarcaron dentro del regionalismo posliberal (Serbin, 2010) que en casos como el del ALBA partieron y promovieron nociones de democracia diferentes de aquella estrictamente procedimental.

NOTAS

1. Ver nota de prensa disponible en: <https://www.eltiempo.com/politica/gobierno/duque-anuncia-creacion-de-prosur-en-contrapeso-a-una-sur-314316>. Consultado el 26 de enero de 2019.
2. Ver nota de prensa disponible en: <https://www.elpais.com.co/mundo/seis-preguntas-y-respuestas-para-entender-que-es-prosur.html>. Consultado el 30 de mayo de 2019.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Beasley-Murray, J., Cameron, M. A., & Hershberg, E. (2009). "Latin America's Left Turns: an introduction". *Third World Quarterly*, 30(2), 319–330. <https://doi.org/10.1080/01436590902770322>
- Borda, S. (2006). "La internacionalización del conflicto armado después del 11 de septiembre: ¿La ejecución de una estrategia diplomática

- hábil o la simple ocurrencia de lo inevitable?” *Colombia Internacional*, (65), 66–89.
- Botana, N. (1991). “Las grandes líneas temáticas de la integración en América Latina”. *Integración Latinoamericana*, 23–29.
- Bouzas, R., Motta Vega, P., & Ríos, S. (2007). “Crisis y perspectivas de la integración latinoamericana”. *Foreign Affairs En Español*, 7(4), 61–68.
- Cameron, M. A. (2009). “Latin America’s Left Turns: beyond good and bad”. *Third World Quarterly*, 30(2), 331–348. <https://doi.org/10.1080/01436590802681082>
- Cepeda Másmela, C. (2016). “Las relaciones entre Colombia y Estados Unidos en un contexto de transformaciones hemisféricas y hacia un escenario de posconflicto”, en E. Pastrana y H. Gehring (Eds.), *Política exterior Colombiana. Escenarios y desafíos en el posconflicto* (pp. 409–441).
- Drekonja, G. (2011). “Formulando la política exterior colombiana”, en S. Borda & A. Tickner (Eds.), *Relaciones exteriores y política exterior Colombiana* (pp. 49–79). Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Gentili, P. (2016). *Golpe en Brasil. Genealogía de una Farsa*. Buenos Aires: CLACSO.
- Gomis Balestreri, M. (2017). “Gobernabilidad en Honduras y Paraguay: reforma pública y cooperación internacional en rupturas presidenciales”. *Papel Político*, 21(1), 249–284. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.papo21-1.ghpr>
- Murillo, M. V., Rubio, J. M., & Mangonnet, J. (2016). “Argentina: el protagonismo de los votantes y la alternancia electoral”. *Revista de Ciencia Política*, 36(1), 3–26.
- Pardo, R. (1997). “Colombia y Estados Unidos: Intoxicados por las drogas”, en S. Ramírez & L. A. Restrepo (Eds.), *Colombia: entre la inserción y el aislamiento. La política exterior Colombiana en los años 90*. (pp. 296–319). Bogotá: Siglo del hombre editores- IEPRI.
- Pardo, R., y Tokatlian, J. G. (2010). “Segundo centenario y política exterior: Una reflexión en torno a Colombia”, en M. T. Calderón y I. Restrepo (Eds.), *Colombia 1910-2010* (pp. 199–274). Bogotá: Taurus.

- Pastrana, E. (2015). *La Alianza del Pacífico: de cara a los proyectos regionales y las transformaciones globales*. Bogotá D.C.: Fundación Kornad Adenauer.
- Prebisch, R. (1983). “Reflexiones sobre la integración económica Latinoamericana”, en *Obras Selectas*. Bogotá D.C.: Plaza y Janes.
- Ramírez, S. (2004). “Colombia y sus vecinos”. *Nueva Sociedad*, (192), 144–156.
- Rojas, D. (2006). “Balance de la política internacional del gobierno Uribe”. *Análisis Político*, 19,(57), 85–105.
- Sanahuja, J. A. (2007). “Regionalismo e integración en América Latina: balances y perspectivas”. *Pensamiento Iberoamericano*, (0), 75–106.
- Serbin, A. (2010). *Regionalismo y soberanía nacional en América Latina: los nuevos desafíos* (No. 15).
- Smith, W. C., & Korzeniewicz, R. (2006). “El movimiento doble: Actores insiders y outsiders en la emergencia de una sociedad civil transnacional en las Américas”. *Colombia Internacional*, (63), 40–69.
- Tickner, A. (2006). “Intervención por invitación. Claves de la política exterior colombiana y de sus principales debilidades”. *Colombia Internacional*, (65), 90–111.
- Tickner, A., Cepeda, C., Rouvinski, V., y Milanese, J. P. (2016). *Colombia, Las Américas y el mundo 2015. Opinión pública y política exterior*. Bogotá D.C.: Ediciones Uniandes. <https://doi.org/http://dx.doi.org/10.7440/2016.30>
- Wionczek, M. (1970). “The Rise and the Decline of Latin American Economic Integration”. *Journal of Common Market Studies*, 9(1), 49–66.

RESUMEN

Colombia, América del Sur y el nuevo panorama político electoral

Este artículo ofrece un panorama de Colombia en los procesos de integración regional en un contexto de retorno de partidos de derecha al poder en varios países de la región. Para ello, se inicia con una breve descripción del papel de Colombia en el hemisferio, junto con un panorama de los procesos de integración de la región en el siglo XXI a

la luz de los cambios de gobierno en el país y en la región. El artículo finaliza con algunas conclusiones sobre la política exterior colombiana frente a la integración suramericana.

ABSTRACT

Colombia, South America and the new Electoral Political Landscape

This article provides an overview of Colombia in the processes of regional integration in a context where right-wing parties are returning to power in several countries of the region. To such effect, it begins with a brief description of the role of Colombia in the hemisphere, together with an overview of the region's integration processes in the 21st century in the light of changes in government in the country and in the region. The article ends with some conclusions about Colombian foreign policy in relation to the South American integration.

SUMMARIO

Colômbia, América do Sul e o novo panorama político eleitoral

Este artigo oferece um panorama da Colômbia nos processos de integração regional em um contexto de retorno de partidos de direita ao poder em vários países. Para isso, parte de uma breve descrição do papel da Colômbia no hemisfério, acompanhada de uma abordagem dos processos de integração da região no século 21 à luz das mudanças de governo no país e nos demais países. O artigo finaliza com algumas conclusões sobre a política externa colombiana diante da integração sul-americana.

